

Imprimir

Este texto no analiza las virtualidades bélicas de los asedios. Me centro exclusivamente en el sufrimiento humano que los asedios causan a las poblaciones civiles sitiadas

A lo largo de la historia, el asedio a poblaciones se ha utilizado con frecuencia como estrategia para lograr la rendición de las fuerzas políticas y militares que defendían los territorios sitiados. La razón fundamental para creer en la eficacia del asedio era el hambre y las enfermedades impuestas a la población civil. Algunos asedios duraron meses, otros años. Todos provocaron un sufrimiento inaudito a las poblaciones, sobre todo a la población civil, es decir, a quienes no participaban directamente en los combates. Los militares y todos los funcionarios de los servicios de los que dependían, así como los líderes políticos, siempre gozaron de ciertos privilegios.

La historia del éxito o el fracaso de los asedios es fascinante. Si bien es cierto que muchas poblaciones sitiadas sucumbieron, en muchos otros casos resistieron y obligaron a los atacantes a retirarse. En tiempos de autarquía de las poblaciones, el asedio era literal, alrededor de las murallas, impidiendo salidas y entradas y recurriendo a menudo a la táctica de la «tierra quemada»: quema de cosechas, sacrificio de ganado, envenenamiento de los pozos. Desde la era moderna, con la globalización del capitalismo y la liberalización del comercio internacional de mercancías (y de personas), se han creado tantas formas de interdependencia entre los pueblos que se han puesto a disposición de los atacantes nuevos instrumentos de cerco (guetos, bloqueos, embargos, sanciones, políticas antiinmigración, espacios aéreos cerrados, criminalización internacional de líderes políticos, etc.). A su vez, tales interdependencias han hecho posibles nuevas tácticas de resistencia para las poblaciones sitiadas.

No es objetivo de este texto analizar las virtualidades bélicas de los asedios. Me centro exclusivamente en el sufrimiento humano que los asedios causan a las poblaciones civiles sitiadas. Para ilustrar ese sufrimiento, elijo el asedio más brutal de la historia contemporánea, el asedio de Leningrado por el ejército nazi entre septiembre de 1941 y enero de 1944. Lo elijo por su brutalidad, pero también porque ilustra un caso de derrota del atacante,

considerado, por cierto, en la época del asedio como un enemigo todopoderoso. Lo hago pensando en Cuba y en Palestina. Sobre todo, teniendo en cuenta que el mundo de los medios de comunicación ha desempeñado el nefasto papel de trivializar el sufrimiento, incluso cuando aparentemente lo dramatiza. Por esta razón, no se crea una población mundial horrorizada y movilizada contra el sufrimiento humano injusto. En cambio, se delega la mala conciencia en pequeños grupos de valientes activistas que, por su propia naturaleza, revelan tanto la posibilidad de la resistencia como la fatalidad de su derrota.

Como me centro en el sufrimiento humano, recorro a las descripciones del asedio por parte de quienes lo vivieron. Su descripción es más poderosa que cualquier análisis abstracto. Entre muchas descripciones, he seleccionado la de Constantine Krypton (¿seudónimo?), publicada en 1954 en la revista *Russian Review*, vol. 13:4, pp. 255-265¹.

Una cita larga:

El enemigo no logró destruir los edificios de piedra; sí logró, en cambio, una terrible aniquilación de la vida en su interior. La causa principal de la destrucción entre la población fue el hambre. Según el censo oficial de 1939, la población de Leningrado era de 3.191.304 habitantes. El proceso de aniquilación de la población comenzó a finales del mes de noviembre de 1941. Su señal externa en la vida de la ciudad fue la aparición en las calles de todo tipo de trineos, principalmente trineos de niños atados unos a otros con cadáveres sobre ellos. Más tarde, solían transportar a los muertos en trineos individuales, especialmente si eran más largos. Envolvían los cadáveres en sábanas, mantas, alfombras, sacos de todo tipo y todo tipo de harapos. Día tras día, el número de estos trineos aumentaba, creando, en un determinado periodo, a finales de diciembre y principios de enero, una procesión interminable a lo largo de las calles principales.

El proceso de muerte de la población de Leningrado recibió, en lenguaje médico, el nombre de «distrofia». La distrofia tenía tres fases. La distrofia de la primera fase se caracterizaba por un debilitamiento general del organismo y una gran

pérdida de peso. La distrofia de la segunda fase traía consigo una debilidad y una pérdida de peso aún mayores, junto con una serie de enfermedades que presentaban, en particular, los siguientes síntomas: encías escamosas, hormigueo en la parte superior del abdomen, úlceras, hinchazón, entumecimiento, problemas de estómago y similares. Estos síntomas ya estaban parcialmente presentes en la primera fase. En la segunda fase, las personas comenzaban, como se decía en aquella época, «a devorar sus propios músculos». La distrofia de la tercera fase, con una duración media de dos semanas, se caracterizaba por el colapso total de la persona, seguido de la muerte. Se dice que quienes pasaban a la tercera fase de la distrofia no podían salvarse.

Tuve la oportunidad de observar dos casos en los que los familiares de una persona distrofiada postrada en cama consiguieron mantequilla y otros alimentos nutritivos, pero era absolutamente imposible proporcionar ningún alivio real.

Las personas que habían entrado en el período crítico permanecían indiferentes a todo lo que les rodeaba, en un estado de completa apatía. La gente se caía y moría inesperadamente mientras caminaba por la calle, hacía cola, estaba en el trabajo o en casa. En una ocasión, al llegar al Instituto, donde en las aulas frías y sin calefacción aún se impartían clases con tres o cuatro personas, fui literalmente abordado por un hombre bastante bajo. A mí, en mi calidad de rector de la facultad, me expresó con gran énfasis su indignación por el hecho de que tan pocos estudiantes asistieran a clase. Al parecer, este hombre era profesor de dibujo técnico, a quien yo aún no había conocido. El semestre siguiente iba a impartir un curso. En cuanto al número de alumnos, tendría siete. Entonces le dije: «El hecho de tener siete alumnos, en lugar de los habituales cuatro o cinco, demuestra un notable progreso, que solo puede explicarse por el gran interés en su disciplina». Eso lo tranquilizó un poco, pero, dirigiéndose al grupo de alumnos, gritó con todas sus fuerzas: «Sí, pero yo quiero tener 25 alumnos. Quiero darlo todo». Treinta o treinta y cinco minutos después, una joven alumna vino corriendo a buscarme para informarme de que el profesor de dibujo técnico había fallecido.

La tasa de mortalidad era excepcional entre quienes estaban terminando sus estudios. Aquí, la competencia se cobró su precio. Esas personas, a pesar de todos los obstáculos, querían terminar su trabajo de fin de carrera y hacerlo bien. Sin comida, en dormitorios fríos, trabajaban obstinadamente y escribían sus trabajos. No vivían mucho tiempo después de eso —unos diez o quince días—. El esfuerzo intelectual excesivo con el estómago vacío había agotado cualquier reserva de fuerza que tuvieran.

En opinión de los médicos, a principios de diciembre de 1941, un gran porcentaje de la población de Leningrado se encontraba en la segunda fase de distrofia. El mes de diciembre fue el periodo de transición a la segunda fase para la gran mayoría de la población. Las condiciones de vida contribuyeron en gran medida a ello. La distribución de alimentos en diciembre se volvió totalmente insignificante. Los trabajadores recibían 200 gramos de pan al día; los funcionarios civiles y sus familiares a cargo, aun menos. La ración de cereales permitía preparar sopa solo tres o cuatro veces a la semana. Las patatas se habían distribuido por última vez en septiembre. El número de cartillas de trabajadores (primera categoría), que garantizaban más pan y cereales, era estrictamente limitado. Un catedrático de las escuelas superiores de un instituto recibió esas tarjetas solo en enero de 1942, pero los docentes, los estudiantes de posgrado y otros tenían las tarjetas de funcionarios civiles (segunda categoría).

Las provisiones privadas de la población se agotaron a mediados o, como mucho, a finales de noviembre. Durante ese mes, la gente comía gatos en la ciudad. Mientras esperaba en la cola para las tarjetas de racionamiento de diciembre, escuché sin querer la conversación de unos estudiantes. Habían descubierto que la carne de gato era muy sabrosa; era algo parecido a la de conejo y solo había una cosa desagradable: matar al gato. Los gatos se defienden desesperadamente. Pero pronto dejé de escuchar esas conversaciones: ya no quedaban gatos que matar. En diciembre, la gente empezó a comer ratas, ratones y palomas. A una anciana que se estaba muriendo, su joven sobrina le trajo medio ratón que había

conseguido atrapar y se lo dio. Sin embargo, la anciana moribunda y su sobrina, junto con sus familiares, murieron poco después. Les siguieron los perros.

Los músculos eran la fuente básica de vida. Los médicos recomendaban especialmente que la gente caminara menos y gastara este recurso de forma más razonable, ya que no serían capaces de reconstruirlo. En condiciones especiales, los trabajadores del NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), el personal del Estado Mayor de Guerra, los principales cuadros del partido y la mayoría de los trabajadores responsables recibían provisiones alimentarias. Estas personas, por supuesto, no conocían el hambre. Los miembros del Partido tenían algunos privilegios. Sin embargo, aparte de raciones extra de sopa sin cartillas de racionamiento y de una o dos cartillas adicionales, esos privilegios no superaban la cuota legal. A quienes tenían alguna relación con el abastecimiento, como un servicio de comidas en alguna institución, les iba un poco mejor. La alimentación de algunos miembros muy necesarios del personal técnico de ingeniería era mejor. Se les obligaba a vivir en instalaciones gubernamentales, donde se les alimentaba en comedores especiales y recibían algo de comida para llevarse. Sin embargo, cuando uno de los ingenieros llevó a su madre para compartir su comida con ella, recibió una reprimenda del director. La mejor alimentación tenía por objeto garantizar su máxima capacidad de trabajo. La madre tuvo que irse directamente a casa para compartir el destino común de la población.

A finales de noviembre y principios de diciembre, los ataques aéreos alemanes llegaron a su fin. Esto, al parecer, podría facilitar la aplicación de los consejos médicos sobre el ahorro de energía física. La población podía dormir tranquila por la noche; no sería necesario correr a los refugios antiaéreos ni apagar incendios. Sin embargo, en lugar de los bombardeos que habían agotado sus fuerzas físicas, la vida adquirió un carácter nuevo y más arduo. En primer lugar, los tranvías habían dejado de circular por completo en la ciudad. Mientras por la calzada se movía una sucesión de trineos con cadáveres, en las aceras, y a veces en las calles, había un gran número de personas caminando, ya que carecían de

cualquier otro medio de transporte. Dondequiera que se fuera, había que ir a pie: al trabajo, a hacer diversos recados, simplemente a visitar las casas de los vecinos. Todos tenían que hacer un esfuerzo colosal y gastar una cantidad extraordinaria de energía. Una gran desgracia fue la llegada del frío, y más tarde el frío extremo del invierno, que llegó a los 50 grados bajo cero.

Todos los esfuerzos por salvar el sistema de agua fueron en vano, y toda la población de la ciudad comenzó a dirigirse a las bombas cercanas que aún funcionaban. Durante mucho tiempo, un agujero abierto en la calle por un proyectil de artillería, a ocho o diez minutos a pie de nuestra casa, me salvó. Siempre había agua allí, que la gente de los apartamentos cercanos venía a buscar. Muchas personas, al no tener una bomba en el vecindario ni agujeros en la calle, tuvieron que recorrer largas distancias, a veces hasta el río, para ir a buscar agua. El problema del baño se resolvió vertiendo todo en la nieve de los patios.

Era imposible calentar esas habitaciones. Había que dormir vestido, con toda la ropa disponible para mantenerse caliente. Debido al frío y a la falta de agua, muchas personas dejaron por completo de asearse. Las cocinas y las habitaciones de invitados, irremediablemente heladas, se transformaron en lugares de almacenamiento. Aquí, a menudo, se construían baños. Una circunstancia extremadamente difícil era la falta total de luz eléctrica. Pequeñas lámparas humeantes de la época de la guerra civil emitían luz apenas suficiente para permitir que alguien se moviera por la habitación.

Sin embargo, en Leningrado, a finales de diciembre y en enero, la situación adquirió un carácter catastrófico. El número de muertos diarios se disparó hasta situarse entre 25 000 y 30 000. Posiblemente, para la parte de la población que estaba muriendo, esta fue la transición natural hacia el período crítico, con sus inevitables consecuencias. Las autoridades administrativas, literalmente desbordadas por el aumento de la tasa de mortalidad, dieron órdenes de abrir los depósitos de cadáveres. Estos surgieron en los patios de las casas de Leningrado.

Se elegía un patio de grandes dimensiones para cada siete o diez casas, dependiendo del número de residentes. Se colocaba un cartel y, a través del administrador del edificio, se realizaba la notificación correspondiente. Ahora todo el mundo podía llevar a sus muertos al depósito de cadáveres. Para retirar los cadáveres de las calles se asignaron camiones, pero estos se encontraban a menudo en condiciones insatisfactorias. Era un trabajo difícil para los cargadores de los camiones. A menudo, en medio de sus tareas, caían muertos y era necesario buscar sustitutos. De media, pasaban por nuestra calle cada día entre diez y doce camiones cargados de cadáveres. En las calles principales, su número era mucho mayor.

Aunque la mayoría de la gente, a pesar de su sufrimiento, se mantenía notablemente controlada, de vez en cuando se oía hablar de algún comportamiento particularmente agresivo². A mediados de diciembre, una conocida mía, una señora mayor cuya hija estaba en un campo de concentración, salió a la calle sujetando a su querido perro por la correa. El perro llevaba mucho tiempo con ella. Antes de que la señora se diera cuenta, varios hombres se abalanzaron sobre ella. Algunos querían agarrar al perro; otros intentaban arrancarle la correa de la mano. Todos se disputaban entre sí, gritando: «El perro es mío». En ese momento, otros transeúntes llegaron a tiempo para detener a los agresores y apartarlos. La anciana regresó, agradecida, a casa con el perro, pero, aun así, tres o cuatro semanas después, acabó comiéndose al propio animal.

Se aconsejaba a la gente que andara con cuidado por las escaleras oscuras de madrugada. Se dieron casos en los que, partiendo del principio de que una persona iba a buscar pan, alguien le daba un golpe en la cabeza y le robaba las cartillas de racionamiento. Normalmente, había que tener cuidado en esas escaleras oscuras después de haber comprado el pan. El pan había que transportarlo envuelto y escondido. A veces, en las colas en las instalaciones de la tienda, los chicos se atrevían a robar el pan a sus dueños. Esperaban el momento oportuno y, entonces, hincaban los dientes en un trozo de pan que alguien llevaba

en las manos, intentando morder un pedazo. Por casualidad, yo mismo presencié una escena de esas. La dueña del pan en el que el niño había hincado los dientes lo agarró con gran violencia por el cuello y no le dejaba tragar; luego, llorando, dijo que tenía un niño como él que se estaba muriendo en casa. Todas estas cosas eran excesos individuales, lo que provocaba un cierto aumento de la ilegalidad.

Incluso se puede hablar de nuevos tipos de «delito». Uno de ellos se llamaba «esconder cadáveres». Al mantener el cadáver en casa durante cerca de una semana y ocultar la muerte, algunas personas conseguían acumular pan suficiente en la cartilla del difunto para pagar la excavación de la tumba. Otras lo hacían para quedarse con el pan y otras tarjetas de racionamiento del difunto para uso personal. Conservar un cadáver en los apartamentos helados de aquella época no era tarea difícil.

Conocía a una funcionaria civil que logró ocultar a su tía muerta durante casi un mes entero. Más tarde, lamentó no haber hecho lo mismo con su madre, que había fallecido dos o tres días antes que su tía. Más tarde aún, ella misma murió, y un vecino logró ocultarla también durante cinco días. En la práctica, era difícil utilizar las cartillas de una persona fallecida durante más de doce o catorce días. Además, solo un pequeño porcentaje de la población se dedicaba a esta práctica. Durante la segunda quincena de enero, se decía que la tasa de mortalidad había bajado a 9 000 o 10 000 al día. Esto pudo deberse a que las personas más débiles ya habían fallecido o, posiblemente, a un cambio en la calidad del pan racionado. Sea como fuere, la mejora de las condiciones fue de corta duración.

Una nueva desgracia se abatió sobre la ciudad. Las fuertes heladas y el estado general de deterioro de los edificios de la ciudad provocaron la paralización del trabajo en las panaderías de la ciudad y la mayoría de las tiendas se quedaron sin pan. En algunas tiendas a las que llegó el pan, se formaron colas enormes que se mantuvieron desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Multitudes de personas, tras esperar diez o doce horas bajo temperaturas gélidas,

se marcharon con las manos vacías. La falta de pan, junto con el agotamiento extremo causado por la espera en el frío, hizo que la tasa de mortalidad diaria se disparara de inmediato hasta la cifra anterior de 25 000 a 30 000. Algunas personas murieron en la cola; muchas murieron en las calles, tras correr desesperadamente de tienda en tienda para preguntar si había alguna esperanza de que llegara pan.

A principios de 1942, se produjeron algunos acontecimientos que resultaron muy embarazosos para las autoridades militares y civiles de la ciudad. Multitudes de personas que estaban en la cola asaltaron varias panaderías. Más impactante que el saqueo de algunas tiendas de comestibles, teniendo en cuenta las condiciones particulares de la vida soviética, fue un acontecimiento de significado político. Dos organizaciones de mujeres (Trabajadoras de la Ingeniería Técnica) se unieron y presentaron una petición en la que solicitaban, en nombre de los niños moribundos, la rendición de la ciudad. Señalaban la práctica general de las relaciones internacionales y, especialmente, el reciente anuncio de que París sería declarada «ciudad abierta». Nunca llegué a saber si esta petición llegó a algún representante de rango superior a Piotr Popkov, el presidente del Soviet de Leningrado. En la ciudad, la petición no causó gran impresión, aunque mucha gente sabía de su existencia. Algunas mujeres trabajadoras del Partido llegaron incluso a discutir el tema conmigo, a pesar de que yo no era miembro del Partido y, lo que es más sorprendente, no condenaron a las mujeres que habían redactado la petición.

La brutalidad del sufrimiento humano del asedio de Leningrado —un millón y medio de muertos— no es cualitativamente diferente de los numerosos genocidios coloniales e imperiales entre los siglos XVI y XX: los diversos genocidios de los pueblos originarios de América y África a manos de los colonizadores europeos y sus descendientes, el genocidio de los pueblos herero y nama de Namibia por parte del Imperio alemán entre 1904 y 1908, el genocidio del pueblo armenio entre 1915 y 1923 por parte del Imperio otomano, el genocidio

del pueblo judío por parte de la Alemania nazi sobretodo entre 1941 e 1945, el genocidio del pueblo tutsi por parte de la élite hutu en Ruanda en 1994, el genocidio de los bosnios musulmanes por parte de las fuerzas serbias entre 1992 y 1995 y el genocidio del pueblo rohingya por parte del ejército y la policía de Myanmar a lo largo de las dos últimas décadas.

Lo que distingue a Leningrado es el asedio llevado al extremo. El mismo tipo de asedio se está produciendo, de diferentes maneras, en Palestina y en Cuba. A pesar de su extremismo, el asedio de Leningrado fue repelido y estoy convencido de que, tarde o temprano, también será repelido en Palestina y en Cuba. Para ello es fundamental la solidaridad internacional. Si Cuba y Palestina no rompen el cerco, todos seremos los derrotados, al darnos cuenta demasiado tarde de que el cerco alrededor de Palestina y de Cuba ya está germinando a nuestro alrededor, multiplicándose, como la Hidra de Lerna, gracias a nuestra pasividad. ¡Empieza a ser demasiado tarde para la intervención de Hércules! ¡Cuba vencerá! ¡Palestina vencerá!

Notas

¹ Se trata de una traducción resumida de dos capítulos del libro del autor, *Osada Leningrad*, N. Y., Chekhov Publishing House, 1952. Esta descripción tiene sus limitaciones, sobre todo a la luz de la documentación oficial y de los diarios de archivo que salieron a la luz posteriormente. Esto hace que la historia del asedio resulte aún más dramática. Para consultar esta bibliografía, véase Sarah Gruszka, «L'historiographie du siège de Leningrad», *Revue des études slaves*, vol. 83:1, 2012, pp. 269-281.

² A la luz de lo que escribe Gruszka, op. cit., hubo mucha delincuencia y algunos delitos muy graves. Es el caso del canibalismo y del comercio de carne humana. Estos delitos se castigaban con severidad. El castigo de los delitos políticos fue igualmente severo.

Boaventura De Sousa Santos

Fuente: <https://www.meer.com/>

Foto tomada de: <https://www.meer.com/>